

A estas dos estrofas del señor Rossi podría aplicárseles, lo mismo que a casi todo su libro, la frase vulgar tan conocida; es la verdad, pero no es poesía.

Y como el autor de «Sencillez» es hombre maduro, este libro no hace esperar grandes cosas de lo que dará después. Ni nadie tiene, tampoco, la obligación de ser poeta.

<https://doi.org/10.29393/At166-88CPNA10088>

EL NADADOR Y EL AGUA, por *José Gabriel*

La sólida cultura de este gran escritor argentino le ha permitido abordar, en numerosas obras, temas políticos, artísticos y literarios que la crítica del continente ha recibido siempre con elogiosa complacencia.

Este último libro de José Gabriel, «El nadador y el agua» (1) es de factura distinta a lo que conocíamos de su copiosa labor. Aparece en él, sin caer en preciosismo, con un estilo sugerente y fino, el verdadero lírico de la prosa argentina.

Ha ganado inmensamente en sencillez de expresión y tiene ahora, salvo algunas caídas lamentables y voluntarias el castizo decir de un español auténtico y artista.

Todo el libro es un elogio a la natación y a la vida libre y despreocupada, a cielo abierto; un sostenido y bello canto al agua que nos acoge en su frescura movediza. Se deja leer con interés indudable, y en ninguna de sus páginas asoma su ojo gris la monotonía torturante.

Para dar una idea precisa de la belleza de «El nadador y el agua», copiamos una página al azar:

«Por las mañanas nos bañamos en el remanso de la barranca, entre los caireles verdes de los sauces y los contoneos azules de las palomas. El sol, que a la tarde se esconde en la

(1) Compañía Impresora Argentina. Buenos Aires, 1938.

enramada, ahora nos enfoca totalmente. Primero nos ponemos bajo su chorro amarillo, que nos cae con delicia sobre los hombros y se derrama por los brazos, por las espaldas, por el pecho y el vientre, hasta los muslos. Pitín es tan chico aun y tan rubio, que se me pierde en la cascada de oro; la Ñaña, morochita y más grande, afronta la inundación, y al correr por la luz va perfilándose y endureciéndose. Después, nos tumbamos con estrépito en la balsa amarilla, verde y azul, destrozándole todos los colores. Pitín vuelve a perderseme áureo y rosado entre hojas verdes, cachitos de cielo y resplandores; lo encuentro detrás de un suspiro que se transforma en una risa entreverada de balbuceos. La Ñaña sigue modelándose, como si el sol, el cielo, el agua, los árboles, los pájaros, acosándola, la exaltasen. Nosotros aprovechamos la franquicia de no tener edad en estos momentos, y hacemos por perdernos en un chapuzón, como Pitín. El río es más viejo que nosotros, pero juega también».

Prosa fuerte en su delicadeza, nos hace recordar las páginas de Gabriel Miró y al gran Jiménez de «Platero».

Es sensible que José Gabriel no haya sabido librarse de algunas notas de pésimo gusto, que dañan su obra sin añadirle colorido ni darle sabor vernáculo, y que son, simplemente, lamentables en un escritor de su valía.

En las primeras páginas, un diálogo entre el hombre y el agua, nos da estas líneas insufribles:

—«Soy yo, el agua. ¿No me reconocés?

El joven recobra su aplomo, sonrío a su vez, y dice:

—Perdoname: no reconocí de pronto tu voz.

El agua se desliza, hacia él, se ovilla a sus pies y murmura querendona:

—Ya no me temés.

Luego, como aprovechando el cabo para enhebrar una conversación premeditada:

—¿Te acordás de cuando me tenías tanto miedo?».

Son conocidas en toda América las degeneraciones que ha sufrido en Argentina el idioma español, que, si son tolerables en boca del pueblo, no puede emplearlas un hombre de letras. Y en un libro de la calidad de éste suenan a cosa inusitada.—
C. P. S.